

## [RESEÑA DE LIBRO]

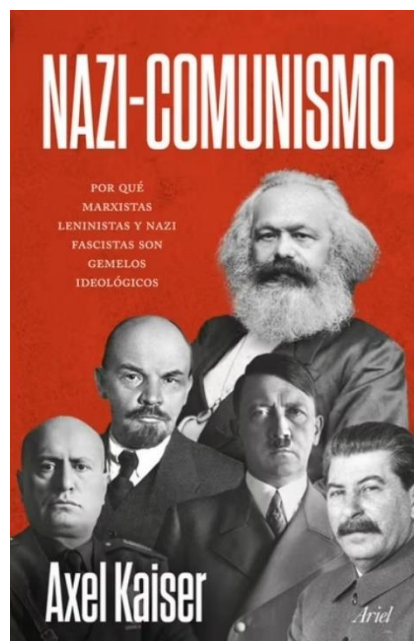
# Las veleidades de la crítica: Comentario al libro *Nazi-Comunismo*

**Ricardo López Pérez**

Doctor en Filosofía

Académico de la Universidad de Chile

rilopez@uchile.cl



Axel Kaiser (2025). *Nazi-Comunismo. Por qué marxistas leninistas y nazi fascistas son gemelos ideológicos*. Santiago: Ariel, 180 páginas. ISBN 978-956-64430-25

## I.- Parentescos discutibles y la tentación de la hipérbole

Escribió alguna vez Voltaire: “Los libros más útiles son aquellos cuya mitad realizan los lectores; amplían los pensamientos cuyo germen se les presenta, corrigen lo que les parece defectuoso y fortalecen mediante sus reflexiones lo que les parece débil”.

Es claro. Ningún libro debe estar libre de comentario, crítica o incluso repudio. Si llegara a ocurrir, sería un fracaso. Un libro que no provoca, que no muerde como decía Kafka, se vuelve estéril. No es el caso. Destinado a ser objeto de polémica este libro logra su objetivo, a pesar de que muchos comentarios que ha recibido merecerían las mismas críticas que le dirigen. No hay demasiado avance en el plano de las ideas, cuando se descalifica un dogma recurriendo a otro dogma, o cuando una porfía quiere ocupar el lugar de la

anterior. Hay una cuota importante de ideologismo en el texto de Kaiser, como la hay con idéntica intensidad en algunos de sus detractores.

Sin eufemismo, *Nazi-Comunismo* aborda con decisión un asunto que tiene su propia historia. No es primera vez que se busca mostrar el parentesco cercano que existe entre marxistas, leninistas, nazistas y fascistas, a través de algunos protagonistas señalados. Menciones reiteradas en este reparto para Marx, Lenin, Hitler, Stalin y Mussolini. Se incluyen ideas, visiones de sociedad, concepciones de la historia, metafísicas del poder, entre otros temas nada banales; y también prácticas políticas concretas, incluyendo guerras, conciencias arrasadas, campos de concentración, genocidios, torturas, miserias. Tratándose de dictadores infames (Hitler, Mussolini, Stalin), y considerando que el libro refiere particularmente al periodo que incluye la Segunda Guerra Mundial, es llamativo que no se mencione a Franco.

Descubrimos conforme avanza la lectura que el impulso crítico del autor, muy agudo en ciertos pasajes, se desvanece en otros.

Quiere ser un aporte a la comprensión de un complejo entramado de ideas, y por añadidura de prácticas políticas relacionadas. El autor aparece inicialmente como un intelectual, para lo cual no le faltan credenciales; pero termina como un misionero teísta, asumiendo con especial dedicación la responsabilidad de recordarnos ciertas verdades reveladas, y de paso envistiendo contra el ateísmo. El libro tiene sus objetos de crítica, y también sus objetos de adoración. Hay un objetivo declarado, pero gradualmente muestra otro foco de atención que se despliega al correr de las páginas. Una especie de protagonista inicialmente no reconocido, ausente en su portada, y que toma cuerpo hacia el final. Con especial motivación el texto avanza con el propósito de advertir respecto a la destrucción del orden civilizatorio originado desde la experiencia cristiana.

Aun así, como texto crítico tiene momentos bien logrados. Con una bibliografía atractiva, una prosa fluida y numerosas notas aclaratorias, alcanza un perfil académico digno de atención. Con todo, cae en caricaturas y tiende a la hipérbole con facilidad. En el comienzo declara: "Si hubiera que definir entonces la gran diferencia entre nazismo y comunismo esta sería ante todo una de tipo retórica, pues sus motivaciones y fines, a saber, el odio y el poder total, son idénticos" (pág. 16); "La afirmación de que el nazismo y el comunismo son esencialmente idénticos requiere de un análisis teórico e histórico más profundo" (pág. 17); "El socialismo marxista leninista, el nacionalsocialismo y en menor grado el fascismo italiano, son ideologías idénticas en todo lo fundamental" (pág. 19). Desde luego, en la portada el subtítulo marca la dirección incluyendo la expresión "gemelos ideológicos".

Entre lo esencial y lo fundamental se tejen las hipérboles. El tema planteado tiene importancia en particular para quienes aprecian el mundo de las ideas, pero queda la impresión de que se precisan algunos matices. Dado que el autor ha estudiado filosofía, podemos presumir que la palabra "esencialmente" no está usada por accidente. En tal caso, resulta evidente que no procura avanzar en cuestiones esenciales, sino en las consecuencias que semejantes propuestas tuvieron para la vida de muchos países y millones de personas. De cualquier forma, es exagerado decir que se trata de propuestas idénticas. Una cosa es destacar similitudes, establecer contrapuntos, observar analogías, aires de familia, señalar experiencias políticas repudiables con

evidentes semejanzas; y otra decir que estamos en presencia de hermanos gemelos.

Si Marx y Hitler son hermanos (metafóricamente, por cierto), apenas podrían ser como Prometeo y Epimeteo: el primero astuto y transgresor, que piensa primero; el otro impulsivo y torpe, que piensa después. Al margen del lugar en que alguien quiera poner su corazón, es un despropósito asimilar a Marx con Hitler en términos intelectuales.

Más difícil es decidir cuanta profundidad hay en el tratamiento que se hace de los distintos elementos teóricos, conceptuales, históricos y políticos. Esto dependerá del punto de comparación. En principio no es un escrito de gran profundidad, lo cual no le resta mérito si atendemos al hecho de que junto con el desarrollo en el plano de las ideas, se mezcla un propósito de denuncia y repudio de los adversarios políticos identificados. También en este aspecto se llega a la exageración. En el primer párrafo de la Introducción, se afirma que el marxismo, especialmente en sus recientes versiones posmodernistas, “está hoy contribuyendo decisivamente a destruir Occidente” (pág. 11).

Que un intelectual sea al mismo tiempo militante de una causa no es extraño. Es más, muchas veces se lo ha considerado como algo deseable. Desde Marx en adelante, la política de izquierda ha juzgado superior al pensador comprometido, que no se dedica sólo a pensar la realidad, sino que participa en su transformación. Después se le dio una designación más estilosa, nombrándolo como “intelectual orgánico”. Esto, sin embargo, encierra algunas incongruencias. Se nombra como un intelectual a alguien que tiene por oficio pensar y enseñar. Son personas que valoran la actividad del pensamiento, y trabajan en la creación, divulgación y aplicación de las ideas, con el fin de producir nuevas interpretaciones o narraciones. El filósofo Jorge Millas, seguramente inspirado en Sócrates, nos advierte que el intelectual está llamado a despertar a las personas de su existencia sonambúlica. ¿Qué significa, entonces, que un intelectual adquiera una militancia?

Al respecto Alan Watts es muy directo: la adhesión ideológica y la militancia son un “suicidio intelectual”. Nuevamente se cruza una hipérbole, destinada en esta ocasión a enfatizar que el pensar necesita ciertas condiciones como la autodeterminación, la libertad y la independencia. Un “intelectual orgánico”, en cualquiera de sus versiones, es un intelectual a medias. Se posiciona en lo formal en un universo abierto, pero institucionalmente acepta una clausura, reservando un espacio intocable, un punto ciego. Encarna así una renuncia a la reflexión crítica, cuando se trata de aquellas definiciones consagradas.

Descontando la necesidad de la autoconciencia, Axel Kaiser es sensible a este fenómeno, e insiste precisamente en que marxismo y nazismo son doctrinas irrefutables, resistentes a cualquier información sospechosa. Son sin duda manifestaciones de “pensamiento dogmático”. Fue Arthur Koestler, autor al que no se recurre, quien acuñó la expresión “sistema cerrado de pensamiento” para definir este fenómeno. En síntesis, se aplica a cualquier sistema que resulta impermeable a la experiencia, y que por la misma razón no puede ser refutado o desmentido. Equivale a una estructura cognitiva construida en torno a un postulado que organiza toda la realidad. Se caracteriza porque pretende representar una verdad omnicomprensiva,

capaz de explicar todos los fenómenos y tener soluciones a la mano. No es refutable por la evidencia, porque todos los datos amenazantes son procesados y reinterpretados, encajándolos en el patrón definido. Actúa a través de métodos casuísticos, centrados en dogmas de gran poder emocional e indiferentes a las reglas de la lógica. Es capaz de invalidar todo argumento contrario pretendiendo que surge de motivaciones subjetivas sin valor.

Este marco sin fisuras mantiene a las personas anclados firmemente en su propia visión de mundo, presos de sus dogmas, reduciendo a conveniencia cada suceso, cada argumento, cada nueva información, a sus propios términos. Esto es lo que tiende a ocurrir con la militancia y con la adhesión ideológica; y se aplica en un sentido amplio al comunismo, al nazismo y al fascismo, entre otros ismos. El texto enfatiza con acierto: “La idea de que hay un pequeño grupo de iluminados que conoce la verdad total y que están del lado del bien perfecto, mientras todos los demás que se oponen son ignorantes o ciegos y están del lado del mal, es la base para ejercer una violencia con apariencia de legitimidad” (pág. 31).

## **II.- Las ideas en tierra firme: el lado feo de la realidad**

La propuesta de Kaiser, destinada a confrontar y hermanar centralmente marxismo y nazismo, se articula en torno a cinco elementos. Primero, se menciona el “antirracionalismo o relativismo epistemológico”. Segundo, se considera el “antiindividualismo o colectivismo”. Tercero, el “anticapitalismo o socialismo”. Cuarto, aparece el “anticristianismo o gnosticismo político”. Finalmente, en quinto lugar, se agrega el “antihumanismo o luciferismo”. Cada uno de estos elementos tendrá a continuación un capítulo específico.

No son asuntos menores. Todos ellos presentan sus complejidades, dado que refieren a campos temáticos de larga historia, amplios desarrollos y sostenidas discusiones. Provisoriamente, es interesante observar la aplicación del “relativismo epistemológico” a posturas que han sido definidas como esencialmente dogmáticas. Igualmente, es llamativo que se recurra a expresiones como “gnosticismo” y “luciferismo”, que resultan algo anacrónicas, aunque se descubrirá que son coherentes con las posiciones del autor en materia religiosa.

Un aspecto fuerte del libro, inescapable para cualquier comentario, es el examen crítico que se hace de las consecuencias sociales y políticas que estas ideas trajeron concretamente a nuestras vidas. Considerando en términos comparativos a Mussolini, Hitler y Stalin (agreguemos a Franco), es posible atribuirles algunas características comunes, con total independencia de las precauciones y distinciones en el orden teórico y conceptual que serían obligatorios para un intelectual riguroso. Sin afán de exhaustividad, todos ellos fueron dictadores objetos de un culto irracional. Personajes providenciales que concentraron enormes cuotas de poder, y encabezaron procesos políticos de extrema violencia desde una perspectiva de los derechos humanos. En todos estos casos se puede hablar de un intento sistemático de controlar las conciencias, mediante el uso abusivo de los medios de comunicación y los sistemas de educación. Más todavía, a través de la puesta en marcha de refinados aparatos de propaganda, actuando con cálculo; y

promoviendo símbolos y ritos cuidadosamente planeados. Por extensión, también un fuerte desarrollo de sistemas de inteligencia y represión, que inevitablemente culminaron en centros de tortura y campos de concentración. Estos personajes reescribieron la historia según las conveniencias del poder, entendiendo que el curso de los hechos siempre se ajusta a un plan trazado por algún designio más alto.

Otro rasgo común es la promesa de un mundo mejor que no llega a cumplirse. Utopías a la carta, convenientemente administradas, mediante discursos que expresan una verdad indiscutible, hasta el punto de configurar una forma de religión. Sin dudas, el discurso de los tiranos tiene en cada momento una consistencia absoluta, lo que acarrea la desvalorización de la otredad, de cualquier diferencia, la definición de un enemigo común (judío, gitano, hereje, blasfemo, burgués o como quiera designarse), sin importar el dolor y la sangre que provocan. Una forma de hacer el mal con la apariencia del bien. En este aspecto el libro se ubica en un campo de discusión de la mayor relevancia.

Una cuestión sensible es la defensa de la individualidad. El autor es enfático: “Para nazis, fascistas y comunistas, el colectivo, encarnado en el partido del Estado, es anterior y superior al individuo y, por tanto, las personas deben encontrarse completamente sometidas a los dictados de Estado incluso si eso significa sacrificarlas por el bien del todo” (pág. 60). La existencia de una vigilancia tenaz, una represión selectiva, y su culminación en campos de exterminio, en todos estos regímenes, justifica las preocupaciones del autor. Kaiser insiste: “Si existe un área en que el luciferismo o antihumanismo nazi y marxista se expresaron en su forma más cruda, fue en la pretensión de crear un ‘hombre nuevo’, es decir, en destruir por completo al hombre como tal para recrearlo a imagen y semejanza de los ideólogos marxistas y nacionalsocialistas” (pág. 186).

Un nudo mayor para nuestra cultura, discutido tantas veces, pero no resuelto: el equilibrio entre los intereses de una comunidad, como un conjunto, y las necesidades del sujeto individualmente considerado. De un extremo a otro, socialistas y capitalistas, en las distintas versiones que se puedan imaginar, han dejado testimonio de profundas divergencias. Dramáticamente, sabemos desde el *Diluvio Universal* y la destrucción de Sodoma y Gomorra, que las grandes soluciones se ejecutan preferentemente para favorecer algún interés superior, ciertas razones de Estado, de modo que el individuo termina disuelto sin alternativa.

Conocemos buenas aproximaciones para pensar este problema, pero no han bastado. En el *Discurso Fúnebre* de Pericles, se lee: “Tenemos por norma respetar la libertad, tanto en los asuntos públicos como en las rivalidades diarias de unos con otros. (...) Si bien en los asuntos privados somos indulgentes, en los públicos, en cambio, actuamos ante todo por un respetuoso temor, jamás obramos ilegalmente, obedecemos a quienes les toca el turno de mandar y acatamos las leyes, en particular las dictadas en favor de los que son víctimas de una injusticia”. El gobernante Pericles nos ofrece una especie de balance entre los intereses de la ciudad y aquellos propios de quienes la habitan.

Algunos siglos después, en el mundo romano, Cicerón podría escribir: “Somos esclavos de la ley para poder ser libres”; tal como Andrés Bello un

poco más tarde: “La libertad no puede existir sin orden”. Nada de esto se ha materializado cabalmente, y las responsabilidades en esta materia superan bastante a las que corresponden a fascistas, nazis y comunistas. Una problemática muy difícil de ordenar e incluso de comprender. Respecto de sus antecedentes históricos, como de sus significados, la idea de libertad, individuo y humanismo, representan un campo temático de especial envergadura. Lo cierto es que Axel Kaiser exagera, al tiempo que se equivoca gravemente, cuando afirma sin aportar detalles que surgen por obra del cristianismo (págs. 99-100). No es del caso negar las contribuciones que le corresponden al cristianismo, pero un mínimo de sentido reflexivo, histórico y crítico muestra que eso es falso. Todos estos fenómenos, de tremenda importancia para nuestra cultura, tienen raíces anteriores.

De un modo preliminar, la idea de libertad como un valor central de nuestra cultura se construyó por primera vez en la antigua Atenas hacia el siglo VI aC. No corresponde a una esencia, una revelación, ni simplemente a un hallazgo, sino a un valor inventado, lentamente desarrollado y luego promovido con tenacidad. Entre los griegos no llegó a identificarse con la anarquía, sino con una forma de existencia al interior de una comunidad sujeta a normas. Un dato olvidado es que las mujeres tuvieron un rol fundamental en este proceso. En un contexto de guerras permanentes, las mujeres eran las más dañadas, y por ello permanentemente temían perder su libertad, tal como se representa en *Las Troyanas* de Eurípides. En esta tragedia las protagonistas son cuatro mujeres derrotadas en la guerra: Hécuba, Casandra, Andrómaca y Helena. Sus reflexiones son inteligentes y actuales.

Los antecedentes son variados, pero con propiedad se puede decir que la idea de libertad se refleja consistentemente en la intervención de Pericles. Conforme al testimonio del historiador Tucídides en el siglo V aC, el *Discurso Fúnebre* contiene una primera conciencia, sin precedentes históricos, respecto de la idea de libertad como un valor de máxima importancia para la comunidad, y en particular para la convivencia política.

La idea de individualidad, sobre la que hay mucha literatura, está ya anticipada en los textos de Homero ya en el siglo VIII aC; y fundamentalmente representada en los *Trabajos y los días* del poeta Hesíodo en el siglo VII aC. Homero incorporó en sus obras el monólogo interior, y concibió un personaje magnífico capaz de hablar de sí mismo, expresar emociones y problematizar sobre su identidad. En efecto, encontramos estos detalles en el personaje Odiseo, y muy especialmente en el canto VIII de la *Odisea*. Aquí está prefigurada, ya entonces, una idea de individualidad.

En torno al humanismo. En el canto final de la *Ilíada* se encuentra una de las más antiguas y memorables representaciones de encuentro humano. Un caso particular en el cual adquiere sentido el dolor del otro; en el que se sufre con el sufrimiento ajeno. En síntesis, el relato dice que, ayudado por Hermes, el rey Príamo traspasa los controles en el campamento griego, y llega a la carpa de Aquiles. Su propósito es recuperar el cadáver de su hijo Héctor. Ha venido a solicitar, pero está dispuesto a implorar. El primero, un anciano cansado y derrotado; el segundo, un guerrero formidable y victorioso. Nada le debe Aquiles al viejo Rey. Príamo se arrodilla y besa esas “manos terribles y homicidas”. Aquiles se sitúa en un plano de igualdad. Príamo se ha humillado frente al responsable de la muerte de su hijo, pero de pronto se encuentra en



una relación simétrica. Las diferencias entre vencedor y vencido se han desvanecido.

Ambos hombres se reconocen en el dolor, y derraman lágrimas genuinas. El relato da cuenta de un episodio en el que, por encima del odio, se han encontrado dos seres humanos. Una expresión singular del humanismo griego. Una de las herencias del mundo griego nos enseña que la piedad, la tolerancia y la compasión, deben fundarse sobre una comprensión de las debilidades comunes a los seres humanos. Sobre el sentimiento de finitud de cada uno de nosotros.

En el siglo V aC, el sofista Antifón de Atenas dejó también un fragmento de un magnífico humanismo: “Nosotros reverenciamos y respetamos a aquellos que han nacido de nobles progenitores, pero no honramos ni distinguimos a quienes no descienden de ilustre casa. En esto nos comportamos en nuestras relaciones mutuas como bárbaros, pues todos hemos nacido según la naturaleza, sin excepción, de la misma manera, extranjeros y helenos. (...) Todos respiramos el aire a través de la boca y la nariz y también todos comemos con ayuda de las manos”. Por cierto, todos estos elementos son muy anteriores al cristianismo.

### III.- Anticristianismo, ateísmo y otros excesos

Axel Kaiser termina de descubrir sus cartas cuando denuncia los intentos de destruir el cristianismo: “Cualquiera hayan sido las diferencias en la cosmovisión religiosa entre estos líderes, lo cierto es que todos compartieron un común denominador, a saber, la hostilidad a la tradición y valores judeocristianos en la forma como se habían desarrollado en Occidente por dos mil años” (pág. 141). Poco después se lee: “Es imposible desconectar la criminalidad de marxistas y nazis de su obsesión por destruir el legado cristiano occidental para crear un mundo totalmente nuevo, incluyendo a un hombre nuevo” (pág. 154). La energía con que se enuncia esta tesis no basta para sostenerla. Los antecedentes históricos disponibles la desmienten y a ratos van en sentido contrario, salvo tratándose de Stalin. El autor acusa al marxismo de destruir la creación divina, con el fin de “erigirse en dioses ellos mismos y crear un mundo a su imagen y semejanza” (pág. 155). La revolución bolchevique no fue muy respetuosa con los templos y símbolos religiosos, como no lo fueron particularmente Lenin, Trotsky o Stalin.

Al margen de esta experiencia la historia descubre otros matices. Aunque el autor no lo nombra, digamos en primer lugar que Franco desarrolló su larga dictadura en un país mayoritariamente católico, y con amplio apoyo de las autoridades de la Iglesia. Mussolini surgió y tomó fuerza en un país cristiano y católico. De hecho, según el *Tratado de Letrán*, firmado por el papa Pío XI en 1929, la Iglesia Católica se convirtió en la única religión reconocida en Italia. Al mismo tiempo que se creaba el Vaticano como un Estado autónomo, ocupando 44 hectáreas junto con derechos territoriales sobre varios edificios e iglesias en Roma, incluyendo el palacio de Castel Gandolfo a orillas del lago Albano. Generosamente el Papa llegó a decir que Mussolini era “un enviado a nosotros por la Providencia”. Hitler, a su turno, desplegó sus redes en un país cristiano, dividido en partes equivalentes entre católicos y protestantes. Ningún jerarca nazi ocultó su filiación religiosa, y muchos de

ellos asimilaron los objetivos partidarios con el cristianismo. Es efectivo que Hitler fue cambiante a la hora de declarar su religiosidad, pero se presentó como un descreído. Hay momentos que se dice católico y otros en que marca su admiración por Jesús, a quien considera el primer antisemita. El mismo Papa Pio XII mantuvo con él vínculos de apoyo y colaboración.

Kaiser no se equivoca, en efecto encontramos en estas doctrinas la intención de crear un mundo enteramente nuevo, desde sus bases, incluyendo incluso un nuevo tipo de hombre. Sin embargo, el autor no da señales de advertir que el cristianismo se propuso lo mismo, y con penosas consecuencias homologables a las denunciadas. Desde el *Edicto de Tesalónica*, del año 380, que convirtió al cristianismo en la religión oficial y obligatoria del Imperio Romano, se abrió un periodo de intolerancia religiosa que duró siglos. ¿Es necesario enumerar los abusos y crímenes surgidos a contar de esa fecha? ¿Es preciso recordar el sometimiento de las conciencias, el antisemitismo, la degradación de la mujer, el machismo, la quema de herejes y brujas, la pedofilia y los abusos sexuales, la complicidad con la esclavitud, la demonización del cuerpo, el engaño de la fe y los milagros, la falta de transparencia, el apoyo al colonialismo europeo, el racismo, la falsificación de la historia, la censura y quema de libros, la destrucción de patrimonio cultural, los ataques a la ciencia, los negocios turbios del Vaticano, los fraudes píos, la invención del pecado y en particular del pecado original, la institucionalización de la tortura, el exterminio de minorías étnicas...?

El punto final, en cierto modo un clímax, es la entrada en escena del ateísmo. Kaiser recurre ahora al escritor Aleksandr Solzhenitsyn: “Si hoy me pidieran formular de la manera más concisa posible la causa principal de la ruinosa revolución que se tragó a unos sesenta millones de nuestro pueblo, no podría expresarlo con mayor precisión que repitiendo: Los hombres han olvidado a Dios; por eso ha ocurrido todo esto” (pág. 153).

Solzhenitsyn, de clara filiación monarquista, y a quien debemos una detallada descripción de los horrores del *Archipiélago Gulag*, entiende que hay un extravío de la conciencia debido a la pérdida de su dimensión divina. Esta sería la clave para explicar distintos horrores empezando por la Primera Guerra Mundial. Apoyándose en la interpretación que hizo Dostoyevsky de la Revolución Francesa, termina en una desmedida propuesta: “Toda revolución comienza con el ateísmo” (pág. 153).

Lo cierto es que Solzhenitsyn se equivoca. El ateísmo es muy marginal en la Ilustración europea: Voltaire fue deísta, Hume un escéptico, Kant luterano, Rousseau transitó entre el calvinismo y el catolicismo, por mencionar solo algunos autores. Con la excepción de Denis Diderot o el Barón de Holbach, y tal vez algún otro, no existe el ateísmo entre los filósofos del siglo XVIII. El primer texto ateo en Europa se lo debemos a Jean Meslier, quien ejerció en vida como sacerdote católico, dejando al morir en 1729 un manuscrito de unas mil páginas, en donde expone los abusos de la religión y la Iglesia, para concluir con una sentencia muy parecida a la que Nietzsche pronunciará más de un siglo después: “No hay Dios”.

Parece un arcaísmo, pero en efecto Kaiser vuelve sobre un viejo asunto que parecía superado: ¿Qué razones existen para suponer que la condición de ateo acarrea naturalmente un relajo moral? Es efectivo que después del XVIII se despliega una activa reflexión atea verificable en numerosas publicaciones.



Una reflexión ilustrada, de tono materialista, con una cuota de escepticismo y un fuerte sentido ético. En ninguno de estos casos se advierte una prosa antisistema o una promoción del nihilismo. El ateísmo es una opción de conciencia, y como tal perfectamente legítima. Por qué debería ser de otro modo, en sociedades que aprecian la libertad de conciencia. Basta leer a autores ateos contemporáneos como André Comte-Sponville, Michel Onfray, Richard Dawkins, Christopher Hitchens o Pepe Rodríguez; y en Chile a Agustín Squella, Cristóbal Bellolio o Alejandro Ramírez, para observar que no hay aquí ningún asalto a la moral y la ética.

El texto de Meslier, publicado en castellano como *Memorias contra la religión*, contiene una crítica lúcida y una deconstrucción radical de la moral cristiana, sin el más mínimo indicio de nihilismo. Desarrolla una propuesta fundada en un evidente fondo ético. Cree en la razón y en la fuerza de los argumentos. Concluye de un modo que ha marcado a la literatura atea: “Que no haya más religión que la de hacer que toda la gente se dedique a ocupaciones honestas y útiles y viva en común pacíficamente, que no haya otra religión que la de amarse los unos a los otros y guardar inviolablemente la paz y la perpetua unión entre todos”.

De qué otra manera se explica el activo intercambio entre ateos y teístas desde mediados del siglo pasado. A título ilustrativo, se pueden considerar los debates de 1948 entre Bertrand Russell y el cura jesuita Frederick Copleston. Los intercambios entre el filósofo agnóstico Jürgen Habermas y el teólogo Joseph Ratzinger (después Benedicto XVI) en 2004. También el intercambio epistolar entre el filósofo y semiólogo Umberto Eco, y el teólogo y cardenal (fugazmente *papabile*) Carlo María Martini, entre 1995 y 96. Y más recientemente la invitación extendida desde el Vaticano en 2023 a Javier Cercas, para acompañar al Papa Francisco y escribir la crónica de su viaje a Mongolia. ¿Cómo se entiende semejante propuesta a un escritor anticlerical, que se auto define como “ateo redomado”, “impío pertinaz” y “laico militante”? De este viaje surgió el libro *El loco de Dios en el fin del mundo*, publicado en 2025.

Al momento de las conclusiones, Kaiser muestra nítidamente su perfil misionero: “Lo que debe aceptar cualquier persona comprometida con la verdad, la libertad y la dignidad humana es que el comunismo, inspirado en las doctrinas de Marx, Engels y Lenin, entre otros, es, en todo lo esencial, idéntico al nazismo de Hitler, Rosenberg, Goebbels y los demás líderes y seguidores del nacionalsocialismo” (pág. 204). Un enorme riesgo en el horizonte. En especial tratándose del marxismo que “se encuentra camuflado por una retórica supuestamente inclusiva, igualitaria y de liberación de los oprimidos, lo que le permite justificar, sin encontrar mayor resistencia, la violencia y, en última instancia, la destrucción del orden civilizatorio de origen judeocristiano” (pág. 204).

Para cerrar, una lectura recomendable para personas de buena digestión intelectual, con disposición para leer serenamente, y que aprecian la provocación y el debate. Claro está, a condición de mantener una mirada desconfiada, y un sentido crítico sin renuncia.